

El estudio de la comunicación en México y en España

Un acercamiento comparativo a su institucionalización académica

Raúl Fuentes Navarro

En un ensayo reciente (*La institucionalización del campo académico de la comunicación en México y en Brasil: Un primer acercamiento comparativo, 1993*), intenté documentar algunas de las “semejanzas y contrastes” entre los “subsistemas” mexicano y brasileño de investigación académica de la comunicación. Con ese ensayo, trataba de elaborar algunos elementos comparativos útiles colateralmente al proyecto sobre las *Determinaciones socioculturales del campo académico de la comunicación en México*, tesis doctoral en proceso (Fuentes 1991a). El mismo propósito subyace el presente trabajo, ahora referido a una comparación con España, por lo que se intenta seguir el mismo esquema: primero trazar un breve contexto estructural sobre los dos países y sus respectivos sistemas educativos y científicos; luego, ubicar el estudio de la comunicación en un contexto académico-disciplinario relativamente común; en tercer lugar, caracterizar los respectivos campos académicos de la comunicación para, finalmente, analizar las condiciones y estructuras de su institucionalización, así como su producción y organización.

Dos países-frontera: las encrucijadas de la globalización

El 1 de enero de 1986, España ingresó a la Comunidad Económica Europea; el 1 de enero de 1994, de manera oficial México se integra comercialmente con Estados Unidos y Canadá bajo el Tratado de Libre Comercio de América del Norte. El bloque europeo y el norteamericano incluyen, en condiciones diferentes para cada caso, a dos países históricamente inseparables entre sí que, es obvio, por razones económicas y políticas, más que culturales, apuestan a la modernidad de sus vecinos geográficos, en otras épocas sus adversarios y, siempre, los "otros", ante quienes casi permanentemente había que reaccionar a la defensiva y que a fines del siglo XX representan y dirigen "el único futuro viable".

Algunos datos elementales que caracterizan a España y México en los años noventa pueden ayudar a contextualizar sus posiciones respectivas en el entorno globalizador y las "semejanzas y contrastes" básicos a ambos lados del Atlántico. Estos datos, tomados del *Libro del Año 1993* de la *Encyclopaedia Britannica*, ilustran suficientemente estos puntos de partida del presente trabajo:

CUADRO 1
Indicadores básicos, México y España, 1992

	México	España
Territorio (km ²)	1 958 201	504 750
Población	84 439 000	39 085 000
Población urbana/rural	71.3% 28.7%	78.4% 21.6%
PNB (MMD)	214 500	429 404
PNB pc (USD)	2 490	10 920
Alfabetización (>15)	87.4%	94.7%

En un territorio casi cuatro veces mayor, México tiene poco más del doble de habitantes que España y un índice menor de urbanización. No obstante, el Producto Nacional Bruto español es dos veces mayor que el mexicano, por lo que distribui-

do *per capita* resulta casi el cuádruple. En sus respectivos contextos de integración geográfica y económica, estos indicadores hacen ver nuevas dimensiones de contraste entre México y España, que son cada vez más significativas, dados los procesos de globalización y regionalización imperantes. Por ejemplo, la población de España es 11% de la Comunidad Europea y su PNB representa 7% del comunitario, mientras que la población de México es 23% de la norteamericana, con una participación del 3% de PNB agregado para la región.

En términos de los respectivos sistemas educativos, las diferencias de nivel de desarrollo se hacen más notables entre México y España conforme se avanza en los niveles escolares, pues el número de estudiantes universitarios es casi igual en ambos países.

CUADRO 2
Sistemas educativos en México y España

		México (1993)	España (1989)
PRIMARIA	Escuelas:	86 636	20 251
	Profesores:	481 466	118 693
	Estudiantes:	14 500 000	3 156 183
SECUNDARIA Y VOCACIONAL	Escuelas:	31 702	25 301
	Profesores:	430 212	263 869
	Estudiantes:	7 056 700	4 845 905
SUPERIOR	Escuelas:	1 832	33
	Profesores:	128 212	55 504
	Estudiantes:	1 256 100	101 297

Por otro lado, es importante considerar la constitución de los sistemas de organización de las actividades científicas y tecnológicas en ambos países, cuya institucionalización y características constituyen el contexto más inmediato para la investigación de la comunicación. Para esto habría que tomar en cuenta, como Teresa Pacheco, que:

Es claro que la relación existente entre el avance científico y la estructura económica y política es indisociable; sin embargo, el tipo de vínculo existente entre ambos dependerá del grado de desarrollo que registre un determinado país o formación social en particular. (...) En el caso de los países que cuentan con modelos dependientes o subordinados a las economías avanzadas (...) el peso e importancia que representa el avance de la CyT es de orden distinto, incluso en algunos casos secundario, en cuanto a su incidencia en lo económico y lo político (Pacheco 1991: 3).

Algunos datos recientes, tomados de las fuentes oficiales de México y España (Oro y Sebastián 1993), permiten establecer algunos de los primeros elementos de comparación:

CUADRO 3
Sistemas científicos en México y España

	México		España	
	1982	1992	1982	1992
Gasto I+D (Millones USD)	715	1 194	960	5 300
Gasto I+D (% del PIB)	0.42	0.38	0.48	0.90
Personal en I+D	18 000		72 000	
	Universidades	46%	Universidades	29%
	Empresas	4%	Empresas	46%
	Gobierno	48%	Adm. pública	25%
	Otros	2%		
Investigadores por áreas	Cs. Ex. y Natur.	29%	Cs. Naturales	17%
	Tecn./Cs. Agr.	14%	Cs. Agrarias	8%
	Tecn./Cs. Ing.	21%	Ing. y Tecn.	37%
	Tecn./Cs. Med.	22%	Cs. Médicas	15%
	Cs. Soc. y Hum.	14%	Cs. Soc. y Hum.	23%

Estos datos permiten sustentar planteamientos coincidentes con la apreciación de Pacheco, quien desde un punto de vista más bien histórico y metodológico, expone

cómo resultantes sociales, tales como en este caso lo son los respectivos sistemas de CyT mexicano y español, a pesar de guardar rasgos estructurales y constitutivos semejantes, siguen procesos de institucionalización basados en referentes sociales, políticos y culturales distintos (Pacheco 1991: 4).

Pacheco enfatiza que, a principios del siglo XX tanto México como España

contaban con una incipiente base científica, pero su situación social, económica y política distaba de ser lo suficientemente sólida y estable. De hecho, tal situación fue la que favoreció la injerencia de las economías avanzadas en la definición del tipo de rumbo que debería tomar el desarrollo industrial en estos países (*Ibid.*: 13).

Hay cuatro características generales de la ciencia dependiente y desarticulada que, según Pacheco, comparten México y España:

La actividad científica se inserta en el marco de las estructuras sociales, no como una actividad ya existente o por su tradición propia, sino como una función a desempeñar, función que surge de una demanda política de orden más social que económico-estructural.

El peso e importancia de la ciencia, así como el proceso de institucionalización de la actividad científica, se explican más por su funcionalidad histórica, política y social que por su impacto en el desarrollo económico e industrial.

La ciencia y la tecnología son incorporadas como productos terminados bajo formas de bienes de consumo y producción, o de "paquete" de conocimientos, sin que ello suponga un impacto en la investigación científica y el desarrollo tecnológico local. La estructuración y funcionamiento de sistemas de CyT se encuentran más supeditados a los vaivenes políticos y de coyuntura local que a las exigencias del mundo científico y del desarrollo tecnológico (*Ibid.*: 12).

Sin embargo, es claro que el "avance" de España es mucho mayor que el mexicano y que, aunque siga teniendo un sistema científico y tecnológico "dependiente", lo es, en general, bastante menos que el de México. Al mismo tiempo, hay algunos

rasgos comunes. Históricamente, el papel central en la organización de la ciencia española lo tuvo el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), hasta la promulgación en 1986 de la *Ley de Fomento y Coordinación General de la Investigación Científica y Técnica*. De las nuevas formas de coordinación desprendidas de esta Ley, destaca la Comisión Interministerial de Ciencia y Tecnología (CICYT), que es el "órgano responsable de la planificación, coordinación, evaluación y seguimiento del Plan Nacional de I+D [Investigación y Desarrollo]" (Oro 1993: 213-218). En México, la *Ley para Coordinar y Promover el Desarrollo Científico y Tecnológico*, promulgada en 1984, centra en la Comisión para la Planeación del Desarrollo Tecnológico y Científico, y en el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT), creado en 1970, la planeación, impulso y evaluación de las políticas científicas, de una manera sorprendentemente análoga.

En ambos casos la institucionalización de estructuras del I-D se caracteriza por dos aspectos: por un lado el carácter eminentemente centralizado y con estrecha relación con el aparato estatal y con las respectivas coyunturas políticas. Por otro lado, la tendencia a crear organismos gubernamentales y planes de desarrollo sectorial como principales instrumentos de política científica para la toma de decisiones sobre I-D. Una grave consecuencia de esto último es el crecimiento de estas estructuras administrativas, que ha dado lugar a un complejo fenómeno de burocratización en este sector (Pacheco 1991: 19).

En cuanto al gasto en investigación y desarrollo, los datos disponibles para la última década indican una creciente diferencia en favor de España con respecto a México. De 960 millones de dólares en 1982, el gasto español fue creciendo regular y rápidamente hasta alcanzar un estimado de 5 300 millones en 1992. Un crecimiento igualmente regular se observa en el gasto español, como porcentaje del Producto Interno Bruto, que pasó de 0.48% en 1982 a 0.90% (estimado) en 1992. Oro señala al respecto:

La tasa media acumulativa anual de crecimiento (...) en el periodo 1985-1991 supera el 21%, que prácticamente duplica la tasa media de crecimiento de tales gastos en los países industriales más avanzados, en los cuales se partía de un esfuerzo más ajustado a las necesidades del sistema productivo (Oro 1993: 209).

La situación mexicana es muy distinta: los mismos indicadores, para la misma década, hacen ver el impacto de la crisis financiera del país a través de las fluctuaciones en el gasto que, apenas en 1992 recuperó el nivel de 1981. Una primera “caída” vertical se dio de 1 145 millones de dólares en 1981 a 715 en 1982 y hasta 472 en 1983; a pesar de una leve “recuperación” en los dos años siguientes, el gasto volvió a caer: a 454 millones de dólares en 1986 y apenas 395 en 1987; desde entonces se ha incrementado consistentemente, hasta alcanzar los 1 194 millones de dólares en 1992. En términos del gasto como porcentaje del PIB, la gráfica indica el mismo patrón: de un máximo de 0.46% alcanzado en 1981, se llegó hasta 0.27% en 1988 y 1989, de donde ascendió hasta 0.38% en 1992, prácticamente el mismo valor que en 1984 e inferior a los alcanzados en los años setenta. Un dato adicional sobre el gasto científico que resulta sumamente interesante, también en términos comparativos y sin necesidad de mayor comentario, es la “distribución” social de su ejecución y financiamiento. En España:

El sector empresarial ejecuta aproximadamente el 60% del gasto total, el sector enseñanza superior el 21% y el sector público el 22%. Por lo que se refiere a la financiación del gasto (...) se estima que en 1992 el sector público financió el 46% del gasto nacional, el 5% procede del extranjero (como retornos de la participación en programas internacionales) y el resto es financiado por las empresas y por entidades privadas sin fines de lucro. Esta estructura de ejecución y financiación es similar a la de otros países industriales (Oro 1993: 209-211).

Por su parte, en México

el gobierno federal es la principal fuente de financiamiento y el mayor ejecutor de las actividades de ciencia y tecnología. Se estima que la participación del gobierno federal, tanto en el financiamiento como en la ejecución de actividades científicas y tecnológicas, es aproximadamente de un 83%. Por lo que se refiere a la participación del sector privado, ésta se estima en un 8% y los gobiernos estatales y los sectores externo y no lucrativo lo hacen con el restante 9% (Parra y Mejía 1993: 253-254).

Finalmente, la comparación de los datos referidos al factor humano, el personal empleado en actividades de ciencia y desarrollo en ambos países, es igualmente elocuente. En España:

El número de personas dedicadas a actividades de I+D en 1989 era de 58,024 y el número total de investigadores en equivalente a dedicación plena (EDP) era de 32,812. [Esta planta alcanzó en 1992] las 72,000 personas, de las cuales 39,800 eran investigadores (Oro 1993: 211-212).

En México, mientras tanto

se estima que el personal dedicado en 1991 a investigación y desarrollo experimental asciende a un poco más de 18,000 personas. De ellas, el 46% se encuentra en el sector de centros de educación superior, 48% en el sector gobierno, 4% en el de empresas y el 2% restante, en los sectores externo y no-lucrativo (Parra y Mejía 1993: 256).

Esta distribución por sectores de ubicación de los investigadores sintetiza la diferencia quizá más notable entre España y México: la participación amplia y creciente de las empresas españolas frente a la prácticamente nula de las mexicanas. Más allá de la forma, eventualmente diferente, de categorizar en uno y otro país, es evidente la desproporción. Los datos sobre España pueden presentarse en dos distribuciones (Oro 1993: 212), ambas considerando los "equivalentes a dedicación plena":

CUADRO 4
Personal científico en España por sector

	Personal total: 72 000	Investigadores: 39 800
Enseñanza superior	29%	50%
Empresas públicas y privadas	46%	32%
Administración pública	25%	18%

Si bien probablemente la agregación de empresas “públicas y privadas” como categoría distinta de “administración pública” para los datos españoles siga criterios diferentes a los mexicanos, que distinguen entre “empresas” y “gobierno”, la diferencia es clara; aunque si suponemos que el “personal” mexicano adscrito a “centros de educación superior” (46%) es más o menos proporcional al porcentaje de investigadores, como distinguen los españoles, se encuentra una equivalencia aproximada entre ambos países, con la mitad de sus respectivas plantas de investigación en las universidades, que en este trabajo es el “sector” que más nos interesa.

También habría que subrayar, en la distribución de los investigadores por “áreas” del conocimiento, la diferencia entre España y México en cuanto al lugar relativo de las Ciencias Sociales y Humanidades: 23% español ubica al área en segundo sitio (con más de 9 000 investigadores), mientras que 14% mexicano es la menor proporción por áreas (y supone unas 2 500 personas).

Conviene finalmente decir que, en las universidades españolas, 65% de los estudiantes y 43% de los profesores se ubican en las áreas de Humanidades y Ciencias Sociales (Oro 1993: 221), mientras que en México, considerando sólo las licenciaturas y universidades públicas, los estudiantes de Ciencias Sociales y Administrativas, sumados a los de Educación y Humanidades, representan 52% del total (Gago 1992: 30).

Puede decirse que, en ambos países, esta área es la que predomina académicamente, aunque no lo sea ni científica ni socialmente.

Enseñanza e investigación de la comunicación: contextos paralelos

A fines de 1989, la revista *Telos*, editada trimestralmente en Madrid por FUNDESCO (Fundación para el Desarrollo de la Función Social de las Comunicaciones), dedicó su número 19 a la investigación de la comunicación en América Latina. La entidad que publica la revista desde 1985, se define como

un instrumento de acción sociocultural y una plataforma de pensamiento que tiene como objetivo global potenciar los factores de progreso del desarrollo tecnológico, al servicio de la evolución económica, científica, social y cultural de España.

Entre los diversos proyectos de la Fundación, que recibe buena parte de sus fondos de la Telefónica de España, la revista contribuye a

promover la elaboración de un discurso teórico, crítico y multidisciplinar sobre la utilización de las nuevas tecnologías, los modelos y sistemas comunicativos que de ellas se derivan y, en definitiva, los cambios sociales de todo tipo que están generando.

El número reseñado fue dedicado íntegramente a revisar el estado de la cuestión latinoamericano en cuanto a “comunicación, cultura y nuevas tecnologías; teoría, políticas e investigación”, propósito que se explica, según el editor Enrique Bustamante, primero, por el reconocimiento de “una ineludible deuda de gratitud histórica”:

En los primeros años setenta, cuando los estudios de comunicación comenzaban realmente a desarrollarse en España al impulso de nuevas situaciones políticas y mediáticas, autores pioneros como Pasquali o Mattelart —tan latinoamericano por

su problemática como por su compromiso intelectual y su trayectoria— o revistas como *Chasqui* o *Comunicación y Cultura* nos enseñaron las trampas de un funcionalismo asfixiante que el franquismo había instintivamente cobijado y traducido. Gracias a esas publicaciones y a las de otros autores latinoamericanos de aquella época descubrimos temas, perspectivas y metodologías inéditas en España y en Europa, pero sobre todo aprendimos que la investigación remitía siempre su utilidad “para algo o para alguien”. Los investigadores latinoamericanos nos llevaban años de ventaja en esta tarea (Bustamante 1989: 7).

Aunque esto lo habían ya reconocido públicamente investigadores españoles tan importantes como Manuel Martín Serrano y Miquel de Moragas:

la investigación en los países desarrollados —y España no ha sido una excepción— ha caído, incluso en su vertiente crítica, en el etnocentrismo que a veces denunciaba en la comunicación. Y desde los países europeos en concreto se ha practicado con demasiada frecuencia una más curiosa política aún: la de establecer supuestos “diálogos” bilaterales con las teorías estadounidenses, reiterando una y otra vez en cada país críticas y planteamientos que, a veces, habían sido asimilados años antes por la investigación latinoamericana. En cambio, los investigadores de aquella región han estado siempre pendientes, a veces demasiado, de las teorías, las corrientes y las modas de la investigación europea hasta hoy (*Ibid.*: 7).

Estas intenciones de confluencia y reconocimiento se concretan bien en *Telos* 19, como lo señala el mismo Bustamante:

A esa ardua tarea de romper un desencuentro de décadas está destinado este número monográfico... Nuestra ambición es que sirva para mejorar el conocimiento en España y en Europa en general de la investigación latinoamericana, y quizás también que, en tanto mirada europea sobre su labor, devuelva el eco de un aprecio en cuyo marco resulta imposible cualquier forma de paternalismo (*Ibid.*: 7).

Es difícil no coincidir en el rechazo al “paternalismo”, tanto como no atender al “eco” de la intención manifiesta y del

aprecio declarado, puestos en 162 páginas y 21 textos que en conjunto presentan una excelente muestra, más que panorámica, de lo que es la investigación latinoamericana de la comunicación. No es exagerado lo que afirma Rafael Roncagliolo, coordinador del número desde Lima:

El número de *Telos* que el lector tiene en sus manos establece un hito para la investigación latinoamericana en comunicaciones, dado que acoge en sus páginas una copiosa puesta al día, en términos de temas, disciplinas y autores. No se conoce esfuerzo previo tan representativo y actualizado (Roncagliolo 1989: 8).

Por supuesto es muy afortunado que tan eficientemente haya sido posible realizar esta publicación. Pero es también lamentable que no haya podido hacerse, en la propia Latinoamérica, un “esfuerzo previo tan representativo y actualizado”. Es ese el primer elemento del eco que nos devolvió la revista española (Fuentes 1990).

Los juicios (al menos los publicados) de algunos estudiosos europeos de la comunicación sobre la investigación latinoamericana suelen ser generosos, a veces sobrevaloradores de ciertos aportes, como los expresados por Robert White:

Una de las más llamativas características de las investigaciones en materia de comunicación en América Latina —un poco en contraste con lo que ocurre en Europa y en otras partes del mundo— es la notable intercomunicación que existe entre los investigadores, los proyectos de investigación cooperativa y la conexión entre diversas organizaciones, institutos, publicaciones y facultades. (...) Otra característica importante... es su relación directa con la formulación de la política de medios de comunicación, con los esfuerzos para formarlos y, especialmente, con los movimientos populares que introducen formas alternativas de comunicación y de medios. (...) Las propuestas teóricas deben ser probadas y reformuladas continuamente en la dura escuela de la realidad sociopolítica y cultural (White 1989: 44).

No obstante, cuando algunos europeos se refieren a la investigación de la comunicación en su propia región suelen ser bastante más críticos. Un ejemplo reciente lo da el italiano Paulo Mancini:

aunque hay diferencias sustanciales entre la investigación sobre medios masivos en Europa y los Estados Unidos (...), también hay ciertos rasgos y problemas que son compartidos. Uno de estos es el bajo nivel de legitimidad de los estudios sobre los medios en el mundo académico. (...) Es un hecho que en los setenta y ochentas el campo de la investigación sobre comunicación masiva se caracterizó por una continuidad alarmante: durante este periodo el campo disciplinario se desarrolló enormemente, el número de publicaciones especializadas creció y en Europa fueron creadas nuevas facultades; pero la falta de legitimidad académica permaneció en gran medida. A este respecto hay alguna pequeña diferencia a ambos lados del Atlántico. Si acaso, es que el desarrollo que tuvo lugar en Estados Unidos en los setenta, ocurrió en Europa en la década de 1980-1990 (Mancini 1993: 100-101).

Esta “falta de legitimidad académica” se debe, según Mancini, a diversas causas como el rápido crecimiento del campo, su juventud y carencia de tradición teórico-metodológica, el “mediacentrismo” y el carácter predominantemente normativo de la investigación europea (rasgo común con la latinoamericana, aunque no con la estadounidense).

Pero hay una diferencia entre las dos costas atlánticas. En Europa los estudios sobre la comunicación masiva tienen un soporte académico más débil. Mientras que en los Estados Unidos la disciplina ha llegado a ser una parte viable de la universidad, autónoma, con sus propios departamentos, organización científica y programas doctorales, lo mismo no ha ocurrido en Europa. En los países del viejo continente, con la posible excepción de España, los departamentos de comunicación masiva normalmente están ocupados por miembros de otras facultades, departamentos de sociología o lingüística o ciencia política. El extremo en este sentido lo representa Italia: sólo hasta 1992 fueron establecidos cursos para obtener un grado en ciencias de la comunicación, y eso bajo una fuerte influencia de

los departamentos de lingüística o letras. Exceptuando el Departamento de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Bologna, no existen departamentos de comunicación ni hay organizaciones científicas para los especialistas en comunicación masiva, que forman parte, principalmente, del campo académico de la sociología (*Ibid.*: 105).

Los análisis de la institucionalización académica del campo de la comunicación parecen estarse haciendo cada día más necesarios en todas partes del mundo, tanto en su dimensión cognoscitiva en la cual, desde la "crisis de los paradigmas", se afirma que el campo carece de un núcleo propio de conocimiento, como en su dimensión social, dada la reformulación de las estructuras universitarias que ha traído consigo la "globalización" neoliberal. Si, según Mancini, España podría ser una excepción europea en cuanto a institucionalización de la investigación de la comunicación, lo mismo aproximadamente podría decirse de México en el contexto latinoamericano, pues aunque Brasil presenta condiciones más firmes en ese renglón en el subcontinente, ningún otro país parece haber alcanzado niveles mínimos de solidez (Fuentes 1993).

Fundamentos institucionales de los campos académicos de la comunicación

En una excelente síntesis de sus variados estudios sobre la investigación de la comunicación en España, Daniel E. Jones presentó en 1992 el siguiente resumen de los antecedentes históricos del campo:

Los estudios sobre comunicación en España se caracterizaron durante las casi cuatro décadas de franquismo (1939-1975) por una endeblez teórica manifiesta, una censura ideológica-política explícita y un monopolio excluyente por parte del aparato del Estado. Ciertamente, estas cualidades bien podrían aplicarse a la mayoría de disciplinas y estudios de cualquier carácter, pero, como es fácil suponer, el mismo control que se ejerció sobre el

pio sistema comunicativo de masas —prensa, radio, cine y televisión principalmente— se aplicó a los incipientes estudios ricos sobre este fenómeno social, debido fundamentalmente a necesidad que tenía el régimen de perpetuarse en el plano doctrinal e ideológico.

precisamente, debido a esta censura y monopolio, las investigaciones promovidas en España durante este periodo, salvo algunas excepciones sobre todo en el medio publicitario, se caracterizaron por una falta absoluta de trabajos empíricos propios de las diversas ciencias sociales afines y quedaron reducidos a meras reproducciones de conferencias, coloquios o discursos de carácter puramente ideológico. Sin embargo, esta doctrina evolucionó, gracias a la propia adaptación política del régimen, del fascismo militante de la primera hora al desarrollismo híbrido de los últimos años, pasando por el nacional autoritarismo que caracterizó todo el periodo (Moragas 1981). Teóricamente hasta 1957 —año de la aparición del clásico libro *Mass Communications* de Juan Beneyto—, poco o nada se había escrito en España que pudiera considerarse desde una perspectiva científica en este campo teórico y, hasta los años sesenta, no se publicaron los primeros estudios de autores nacionales o extranjeros, gracias, sobre todo, a la labor editorial de la Universidad de Navarra (Jones 1992: 129).

Sin coincidir las condiciones socio-políticas ni, ciertamente las ideológicas, en México también comenzó a desarrollarse el campo académico de la comunicación hasta la década de los sesenta. De hecho...

Los documentos sobre comunicación publicados en México antes de 1970 son realmente escasos: nuestra sistematización documental 1956-1986 registra 48, que significan apenas poco más del 5% de los 877 que incluye (Fuentes 1988). Algunos de ellos tienen la importancia de ser trabajos pioneros y antecedentes de líneas temáticas y metodológicas que se desarrollarán después; otros son interesantes por haber sido intentos de respuesta a las condiciones sociales y académicas entonces vigentes. Por ello, en muchos sentidos coinciden con el tipo de estudios que se realizaban en la misma época en otros países latinoamericanos, sujetos a las mismas influencias, que José Marques de Melo sintetiza así:

En los países del Tercer Mundo, el incremento de la investigación en comunicación es el resultado de la acción desarrollada por la UNESCO para lograr la ampliación de las redes nacionales de comunicación colectiva. Su motivación es democratizar las oportunidades educacionales; supone que los medios o vehículos electrónicos (radio y televisión) posibilitarían la alfabetización en masa, la educación continuada de las minorías poblacionales, a bajo costo. Dentro de este esfuerzo educativo, los países pobres importaron tecnología, sistemas gerenciales, modelos científicos, y tuvieron que formar recursos humanos para el manejo de los bienes adquiridos (Marques de Melo 1984: 5).

El surgimiento de los estudios sobre comunicación se ubica, entonces, en función de los esfuerzos por alcanzar el desarrollo, recurriendo para ello al conocimiento y las técnicas disponibles. En México, dentro de ese contexto, las tres corrientes de investigación de la comunicación predominantes en los años cincuenta y sesenta están constituidas por estudios históricos, descriptivos y normativos de la prensa; por la experimentación de aplicaciones difusionistas de la comunicación en el sector rural; y por las primeras reflexiones críticas sobre la estructura y funciones sociales de la radio y la televisión (Fuentes 1991: 49-50).

Según Jones, hay actualmente en España unas 200 instituciones que se ocupan, de alguna manera,

de actividades docentes, documentales y/o de investigación sobre comunicación social, entendida ésta como un fenómeno complejo y polifacético que incluye diferentes medios y servicios y que es abordado desde las principales disciplinas científicas, aunque preferentemente desde las ciencias sociales y las humanidades (Jones 1992: 131).

En el sector universitario, son once las Facultades de Ciencias de la Información, que cuentan en total con más de mil profesores y con unos 25 000 alumnos.

CUADRO 5
Facultades de Ciencias de la Información en España

Carácter	Institución	Ubicación
PÚBLICAS		
	Universidad Complutense de Madrid	Madrid (Madrid)
	Universitat Autònoma de Barcelona	Bellaterra (Cataluña)
	Universidad del País Vasco	Bilbao (País Vasco)
	Universidad de Sevilla	Sevilla (Andalucía)
	Universidad de La Laguna	S. Cruz de Tenerife (Canarias)
	Universidad de Santiago de Compostela	Stgo. de Compostela (Galicia)
	Universitat de Barcelona	Barcelona (Cataluña)
PRIVADAS		
	Universidad de Navarra (Opus Dei)	Pamplona (Navarra)
	Universidad Pontificia de Salamanca	Salamanca (Castilla- León)
	Fundación CEU San Pablo	Madrid (Madrid)
	Centro Universitario de Ciencias de la Información CEU, San Pablo	Valencia (Valencia)

Desde sus inicios, estas Facultades —preferentemente las públicas— se vieron agobiadas por problemas difícilmente solucionables a corto plazo: excesivo número de alumnos, deficiente formación de parte del profesorado, insuficiente dotación de equipamientos técnicos para la formación académica y profesional del alumnado e inadecuación de los sucesivos planes de estudio a las demandas sociales y laborales. No obstante, este tipo de deficiencias se ha ido solucionando poco a poco. Además, con la implantación gradual del nuevo plan de estudios, a partir del curso 1992-1993, algunos centros están en condiciones de ofrecer licenciaturas en Periodismo, Publicidad/Relaciones Públicas y Comunicación Audiovisual. (...) En estos momentos existen en España probablemente medio millar de doctores en alguna de las especialidades de la Comunicación Social (Jones 1992: 131-132).

En México probablemente también podrían enlistarse unas 200 instituciones de todo tipo en donde se realizan actividades

de docencia, documentación o investigación de la comunicación, aunque la mayor parte de ellas son escuelas, pues al menos se imparte la licenciatura en 110 instituciones. El número de estudiantes mexicanos sería apenas un poco mayor que el de españoles (25 000), aunque la gran mayoría de ellos están inscritos en licenciatura. Donde resalta la diferencia es en el número de profesores: se calculan 2 500 en México, pero está muy lejos del 50% de ellos su porcentaje de los que tienen doctorado. Difícilmente su número llegará a los 50. Por otra parte, sólo uno de cada cuatro ocupa una plaza de tiempo completo o medio tiempo.

El modelo "masivo" de formación de comunicadores que impera en la mayor parte de las facultades españolas sólo se repite en dos o tres instituciones mexicanas. Sin embargo, los "problemas difícilmente solucionables a corto plazo" que menciona Jones para España pueden señalarse también para México, aunque no parece que se hayan "ido solucionando poco a poco". De manera que sobre estas infraestructuras institucionales puede esperarse una diferencia notable en cuanto a la producción académica generada en ambos países, con obvia ventaja para España.

El *Directorio Español de Investigación en Comunicación*, editado en 1991 bajo la coordinación del mismo Daniel Jones por el Centre d'Investigació de la Comunicació de la Generalitat de Catalunya, enlista 1 068 personas (87% de las cuales son de sexo masculino), que trabajan en 198 instituciones, 77% de las cuales se ubica en Madrid o en Cataluña. Las conclusiones del análisis descriptivo de los datos incluidos en el directorio son, en sí, interesantes:

- a. Existe un gran desequilibrio entre las diferentes comunidades autónomas respecto del número de instituciones y de personas dedicadas a investigación, documentación y/o docencia especializadas en comunicación social, en favor de Madrid y Cataluña.
- b. Las diferencias son mayores aún respecto del sexo de los estudiosos españoles, con una clara hegemonía masculina.
- c. Por profesiones, destacan muy por encima del resto los profesores de universidad y periodistas.

- d. La mayor parte de los centros son de reciente creación y el colectivo de estudiosos, en general, bastante joven.
- e. La actividad investigadora, documental o docente más significativa del país —tanto entre instituciones como entre personas— está vinculada a los centros universitarios, aunque existen excepciones significativas, particularmente entre entidades de investigación y documentación dependientes de otros organismos públicos o privados.
- f. Los medios de comunicación de carácter masivo —preferentemente los audiovisuales— son los que despiertan mayor interés como objeto de estudio, quedando relegados otros bienes o servicios culturales o comunicativos.
- g. Las disciplinas científicas más utilizadas como metodologías de análisis de los fenómenos comunicativos son la Historiografía, la Sociología, la Periodística y la Semiótica, es decir, las que han hecho las aportaciones teóricas más significativas en este campo en las últimas décadas.
- h. Otras especialidades importantes son las que analizan la comunicación y la información desde una perspectiva tecnológica, preferentemente la audiovisual electrónica (Jones 1991: 32-33).

En términos comparativos, aunque no se cuente en México con una publicación sistemática semejante a la española, puede decirse que con respecto a la concentración geográfica, México tiende apenas a constituirse, como España, en una concentración “bipolar”. No obstante, las diferencias entre Madrid y Cataluña son mínimas en cada uno de los rubros considerados, con pequeñas ventajas para una u otra región. En el caso mexicano, en los últimos años la región centro-occidental del país (Guadalajara, Colima, León) comienza a generar investigación, hasta alcanzar en algunos aspectos entre 25% y 30% de la producción nacional. La casi totalidad del resto se sigue localizando en la Zona Metropolitana de la Ciudad de México, donde se asientan, por ejemplo, más de la mitad de los estudiantes y casi dos tercios de los profesores de planta del país, además de la gran mayoría de los editores de libros y revistas.

En cuanto al sexo, a diferencia de España, en México los investigadores de la comunicación prácticamente se distribuyen por mitad. Por profesión, también en México la gran mayoría son profesores universitarios o periodistas, los centros son de creación muy reciente y en general los profesores e investigadores son “bastante jóvenes” (probablemente más que en España). La investigación de la comunicación es realizada predominantemente en las universidades. En los rubros restantes mencionados por Jones, no hay notables diferencias en México, como no las hay tampoco en Brasil (Fuentes 1993).

La producción académica sobre comunicación en España y México

Aunque en ambos países pueden reconocerse antecedentes en la primera mitad del siglo XX, e incluso en la segunda mitad del XIX, es claro que sólo en épocas muy recientes puede hablarse de una investigación institucionalizada de la comunicación, especialmente a partir de la década de los ochenta. La síntesis que Jones traza para España puede también representar algunos rasgos del proceso mexicano:

Esta expansión que se ha producido a partir de los años ochenta obedece a una serie de causas diversas, entre las que se pueden apuntar las siguientes: consolidación de las libertades políticas, transformaciones tecnológicas, aparición de nuevos bienes y servicios mediáticos y crecimiento del mercado comunicativo, sobre todo por la aparición de la televisión privada.

Consecuentemente se ha producido un mayor interés social por estos temas y un aumento de la demanda por parte de jóvenes interesados en profesionalizarse en alguna de las especialidades de la comunicación social. De forma paralela, la universidad española se ha transformado y ha exigido a su personal docente una mayor especialización y profesionalización académica y les ha demandado la realización de trabajos de investigación para poder consolidar su situación laboral.

Estos fenómenos de carácter diverso y heterogéneo han provocado un crecimiento numérico y una mayor profesionalización por parte de los investigadores españoles. Consecuentemente se ha producido un aumento del número de tesis de licenciatura y doctorado, proliferación de todo tipo de congresos, jornadas y simposios, una mayor edición de libros especializados y (...) la aparición y consolidación de algunas revistas académicas.

De todas maneras, existe una escasa repercusión en el extranjero de la labor desarrollada por la investigación española sobre comunicación social. Esto se advierte en una serie de indicadores, como por ejemplo, que no se traducen libros de autores españoles a otras lenguas, que éstos no dirigen investigaciones internacionales y que apenas participan en este tipo de trabajo colectivo —a pesar del creciente interés por España desde su entrada a la Comunidad Europea— y, además, que no suelen publicar textos en revistas académicas internacionales (Jones 1992: 137-138).

La situación parece ser paralela en México a partir de mediados de los años ochenta, cuando se entró en un proceso “de transición” en términos de la institucionalización de la investigación de la comunicación. Como habíamos escrito en un análisis al respecto,

En suma, entre 1985 y 1990 se han sentado bases muy importantes para una mayor profesionalización de la investigación mexicana en comunicación, y se han creado diversas oportunidades de interrelación de los esfuerzos de investigadores antes aislados. Asimismo, se han multiplicado las posibilidades de desarrollo de la indagación sistemática en diversas regiones del país, todo lo cual ha contribuido a crear una nueva configuración, esperamos que más promisoría, del campo (Fuentes y Sánchez 1992: 28).

En cuanto a la escasa “internacionalización” o “repercusión en el extranjero” de la investigación mexicana, la situación es muy similar a la española. Tanto las ediciones de México como las de España circulan con alguna facilidad en toda América Latina, pero difícilmente más allá de las fronteras

idiomáticas. En un análisis reciente de la producción mexicana se encontró que de 86 artículos publicados por mexicanos en revistas especializadas extranjeras entre 1986 y 1992, sólo tres habían sido escritos en inglés y publicados en revistas "internacionales"; el resto eran colaboraciones a revistas latinoamericanas y españolas.

Las investigadoras madrileñas Cáceres y Caffarel (1992), en un análisis cualitativo de la investigación española de la comunicación, aportan elementos más finos de evaluación de su producción, especialmente en el periodo 1987-1990, sobre el cual trabajan mediante una selección de 138 documentos:

Si bien pueden considerarse como específicos los tópicos y los objetos de análisis encontrados, puede concluirse que la demarcación científica del campo de la comunicación que cabe extraer de la bibliografía estudiada se perfila con límites borrosos, quizás por sus implicaciones interdisciplinarias. En este sentido, los aspectos temáticos sobre los que se aborda el estudio de la comunicación hacen que ésta aparezca como proceso y producto social, político, histórico, de opinión pública y de consumo, así como práctica profesional y, en medida insignificante, como fenómeno antropológico, lingüístico, psicológico, económico, jurídico o filosófico en el ámbito de las ciencias sociales.

Sin embargo, y a reserva de otros análisis más pormenorizados, hay un dato que conviene resaltar aquí a propósito de la elección de los objetos de estudio, un dato esperanzador que nos hace recapacitar sobre la evolución que ha experimentado la investigación sobre comunicación en España. Aunque el mayor número de objetos de análisis contenidos en el tópico tradicional de los procesos massmediáticos hacen de él el ámbito temático más frecuentado, esto no debe ocultar la preferencia específica de los investigadores españoles en los últimos años, decantada por un objeto inusual en el pasado: la epistemología de la comunicación (Cáceres y Caffarel 1992: 112).

La clasificación de los tópicos de la investigación española en comunicación entre 1987 y 1990 hace ver la siguiente distribución, de acuerdo con Cáceres y Caffarel:

CUADRO 6
Investigación de la comunicación en España (1987-1990)

Procesos		<i>Marketing/</i>		Industrias	
MCM	16.7%	Publicidad	9.5%	culturales	5.8%
Teoría/ Método	13.7%	Prensa	8.6%	Políticas de co- municación	5.1%
Televisión	10.8%	Medios audio- visuales	8.6%	Documenta- ción	2.9%
Nuevas tecnologías	9.5%	Representac. sociales	6.6%	Otras prácticas	2.2%

No podemos dejar de señalar el hecho desalentador de comprobar que el mundo de la investigación en comunicación se circunscribe exclusivamente a la comunicación humana; la comunicación animal ni siquiera constituye un tema de investigación (ni una sola referencia en nuestro corpus de análisis). Pero tampoco todas las prácticas comunicativas humanas son objeto de investigación. El objeto, por excelencia, de la investigación en comunicación siguen siendo los medios de comunicación de masas y las otras prácticas alternativas de comunicación no merecen ser elevadas al rango de tópicos que despertan el interés de los investigadores en comunicación en nuestro país. Esto es así para todos los casos que hemos estudiado: independientemente de que se trate de libros, tesis o revistas, sin considerar quién sea el autor de la investigación, quién la publique y también con independencia de los campos disciplinares desde los que se aborda la investigación o el punto de vista que se adopte en ella.

Tal vez sea ésta la mayor laguna que se detecta en la investigación española en cuanto a temas. En España nunca han sido frecuentes los trabajos que se han interesado por la comunicación informal, grupal o animal y, en la actualidad, siguen sin serlo. Quizás, la explicación a este injustificado abandono haya que buscarla en el hecho de que la investigación en comunicación aparece muy vinculada a los profesores universitarios, presumiblemente a aquellos que provienen de las facultades de Ciencias de la Información del territorio español. Este dato sesga los tópicos cuando se trata de investigar: los medios de comunicación de masas están mucho más próximos a los intereses de estos centros (Cáceres y Caffarel 1992: 123-124).

La mayor parte de estos rasgos y sesgos españoles corresponden casi perfectamente a la situación mexicana. Los "límites borrosos" del campo de la comunicación parecen ser universales y lo mismo habría que decir con respecto a la consistencia metodológica, también "borrosa", de la mayor parte de los estudios, no sólo españoles y mexicanos. Lo que sí establece una diferencia es el interés manifiesto por la "epistemología": la teorización en México aún no ha emergido en el campo de la comunicación. Que el campo se centre en las prácticas de los medios de difusión masiva e ignore otras, no es tampoco una particularidad española. La explicación del hecho por la relación de los investigadores con los programas de docencia universitarios, centrados a su vez preponderantemente en la preparación de personal para ese tipo de prácticas, es plausible en igual grado para México, aunque eso no parezca ser "un sesgo" especialmente preocupante de los datos sobre tópicos de investigación.

De cualquier manera, y aunque por ahora no podamos adelantar más en el análisis sistemáticamente comparativo de los procesos de institucionalización académica del estudio de la comunicación en México y en España, sí podríamos asegurar que hay más similitudes que diferencias en la producción del campo en ambos países. Sobre todo, que en los dos casos es una producción muy fuertemente asociada a las pesadas estructuras docentes, que no ha logrado definir sus bases teórico-metodológicas (aunque los españoles lo han intentado más que los mexicanos) y que los límites disciplinarios imprecisos de la investigación ponen en cuestión la institucionalización que en cuanto al establecimiento de unidades académicas específicas se ha alcanzado tanto en México como en España. Finalmente, se trata de dos círculos regionales cuyas contribuciones siguen siendo marginales en el plano internacional, hegemonizado por los anglosajones, del estudio académico de la comunicación, aunque con perspectivas promisorias tanto en los respectivos entornos nacionales como en cuanto al intercambio mutuo, que

puede actualizar propósitos no sólo comparativos sino también cooperativos, como el que hace pocos años promovió José Marques de Melo (1990) entre Brasil y España o el que investigadores de la Universidad Autónoma de Barcelona han propuesto entre España y América Latina (De Mateo y Tresserras 1992).

BIBLIOGRAFÍA

BUSTAMANTE, Enrique (1989) "Editorial: un reconocimiento necesario", *Telos*, núm. 19. Madrid: FUNDESCO.

CÁCERES, María Dolores y Carmen CAFFAREL (1992) "La investigación sobre comunicación en España. Un balance cualitativo", *Telos*, núm. 32. Madrid: FUNDESCO.

DE MATEO, Rosario y Joan Manoel TRESSERRAS (1992) "La Estructura del Sistema de Comunicación de España y América Latina". Barcelona: Proyecto de investigación, documento preliminar.

ENCYCLOPAEDIA BRITANNICA (1993) *Britannica World Data Annual*. Chicago.

FUENTESNAVARRO, Raúl (1988) *La Investigación de comunicación en México. Sistematización documental 1956-1986*. México: Ediciones de Comunicación.

— (1990) "Brechas, sesgos, acercamientos y nuevos horizontes", *Comunicación y Sociedad*, núm. 8. Guadalajara: CEIC, Universidad de Guadalajara.

— (1991a) "Determinaciones socioculturales del campo académico de la comunicación en México (1986-1991)". Guadalajara: Proyecto de investigación, Doctorado en Ciencias Sociales, CIESAS-UdeG, diciembre.

— (1991b) *La comunidad desapercibida. Investigación e investigadores de la comunicación en México*. Guadalajara: ITESO/CONEICC.

- (1993) “La institucionalización del campo académico de la comunicación en México y en Brasil: Un primer acercamiento comparativo”. Guadalajara: Ensayo final de lecturas dirigidas sobre región alterna (tercer semestre), Doctorado en Ciencias Sociales, CIESAS-UdeG, junio.
- FUENTES NAVARRO, Raúl y Enrique E. SÁNCHEZ RUIZ (1992) “Investigación sobre comunicación en México: los retos de la institucionalización”, *Cuadernos de Comunicación y Prácticas Sociales*, núm. 3. México: PROICOM, Universidad Iberoamericana.
- GAGO HUGUET, Antonio (1992) “Ejes de la reforma: calidad y pertinencia”, *Universidad Futura*, núm. 10. México: UAM-A, vol. 4.
- JONES, Daniel E. (coord.) (1991) *Directori Espanyol d'Investigació en Comunicació*. Barcelona: Centre d'Investigació de la Comunicació, Generalitat de Catalunya.
- (1992) “Investigación sobre comunicación en la España post-franquista”, en Marques de Melo (coord.) *Comunicación Latinoamericana: desafíos de la investigación para el siglo XXI*. São Paulo: ALAIC.
- MANCINI, Paolo (1993) “The Legitimacy Gap: A Problem of Mass Media Research in Europe and the United States”, *Journal of Communication*, vol. 43, núm. 3.
- MARQUES DE MELO, José (1984) “La investigación latinoamericana en comunicación”, *Chasqui*, núm. 11. Quito: CIESPAL.
- MARQUES DE MELO, José (org.) (1990) *Comunicação Comparada: Brasil/Espanha*. São Paulo: Loyola.
- MORAGAS, Miquel de (1981) *Teorías de la Comunicación. Estudios sobre Medios en América y Europa*. Barcelona: Gustavo Gili.
- ORO, Luis A. (1993) “España” en Oro y Sebastian (eds.) *Los sistemas de ciencia y tecnología en Iberoamérica*. Buenos Aires: FUNDESCO/Eudeba.
- ORO, Luis A. y Jesús SEBASTIAN (eds.) (1993) *Los sistemas de ciencia y tecnología en Iberoamérica*. Buenos Aires: FUNDESCO/Eudeba.

- PACHECOMÉNDEZ, Teresa (1991) "Sistema de ciencia y tecnología en México y España. Fundamentos para un estudio comparativo", *Pensamiento Universitario*, (nueva época), núm. 77. México: Centro de Estudios sobre la Universidad (CESU), UNAM.
- PARRA MORENO, Javier y Daniel MEJÍA GÓMEZ (1993) "México", en Oro y Sebastian (eds.) *Los sistemas de ciencia y tecnología en Iberoamérica*. Buenos Aires: FUNDESCO/Eudeba.
- RONCAGLIOLO, Rafael (1989) "Proceso regional de reflexión", *Telos*, núm. 19. Madrid: FUNDESCO.
- WHITE, Robert A. (1989) "La teoría de la comunicación en América Latina", *Telos*, núm. 19. Madrid: FUNDESCO.